Sosegada la gente y entregada por tributaria de Axayacatl, hicieron justicia pública en el mercado de el dicho barrio de Tlatelulco de Ehecatzitzimitl y Poyahuitl por haber sido sospechosos en la sedición y alboroto de esta guerra, y fueron muertos con ellos otros muchos de muy grande valor y esfuerzo. A poco tiempo después mataron a Xiloman, señor de Culhuacan, que se había aliado con el tlatelulca y otros veinte de sus capitanes. También murieron de los gobernadores de Cuitlahuac, Cihuanenemitl y Tlatolatl, y otro día adelante mataron a Quauhyacatl de Huitzilopochco; y con estas muertes y guerra quedó por entonces pacífica esta ciudad y los tlatelulcas reconocían por señor a Axayacatl, el cual vengó bien sus afrentas y la de su hermana, mujer que había sido de Moquihuix, cuyo nombre entre los tlatelulcas hasta hoy día es como el de Tarquino en Roma, que no le nombran ni le cuentan entre sus reyes y con razón, pues fue tan ruin y malo y que tanta afrenta les causó a estas gentes, que vivían contentos y honrados con el gobierno del rey como lo tenían los mexicanos.

CAPÍTULO LIX. *De cómo el rey Nezahualpilli de Tetzcuco hizo palacios en que vivir y el de Mexico Axayacatl prosigue los hechos y guerras comenzadas, con ayuda de los dos reyes tepaneco y tetzcucano; y se dice la muerte de el señor de Xuchimilco y la causa de ella y de la de este dicho rey Axayacatl*

NEZAHUALPILLI QUEDÓ NIÑO DE POCA EDAD cuando murió su padre Nezahualcoyotl, y por esta causa no se dicen cosas que hubiese en su reinado en estos primeros años que lo tuvo, aunque se afirma que muchos de sus hermanos, sentidos de verle rey y no ellos asimismo reyes, anduvieron buscando orden y traza para darle la muerte; y esto trataban en secreto con los de la provincia de Chalco, por ser fáciles para cualquier traición; y aunque le ordenaron muchas, jamás consiguieron su mal intento. Y luego que se vido rey, trató con los de su reino de hacer casa en que viviese, a imitación de su padre, que cuando entró en el reino las hizo de mucha y muy grande majestad para su morada; comenzáronse muy apriesa y acabáronse con mucha brevedad donde se pasó. A cuya estrena hizo muy grandes fiestas, en las cuales le dejamos por volver a las cosas del reinado de Axayacatl, el cual debía de tener alguna mala voluntad a Xihuitlemoc, señor de la ciudad de Xuchimilco (por ventura, porque no vino a tiempo de poderle ayudar en la guerra que tuvo contra los tlatelulcas) y con ella andaba buscando traza cómo matarle y ordenóle la muerte de esta manera: habiendo venido este señor a esta corte mexicana díjole el rey que jugasen a la pelota (porque fue este juego muy usado entre estos indios), lo cual Xihuitlemoc rehusó todo lo posible, porque concibió algún daño que de él le podía resultar; porque era grande jugador y si ganaba dejaba afrentado al rey y si se hacía perdidizo se podía presumir que lo ultrajaba

y hacía burla de él; pero aunque consideró todo esto y vencido de sus recelos no quisiera entrar en el juego, fue más fuerte y eficaz el mandamiento real y voluntad de Axayacatl, con que lo compelió a que lo aceptase. Hízolo así, y Axayacatl puso por precio las rentas del año presente y unos pueblos de la laguna y a Xuchimilcatl, su ciudad. Comenzaron su juego y desde luego se fue conociendo la ventaja que Xihuitlemoc hacía al rey; y en conclusión le ganó las rayas, dejando con muy pocas al rey, de que no quedó muy gustoso, que no sentía tanto perder sus rentas, cuanto el crédito y opinión de jugador, porque se preciaba de serlo; y después de acabado el juego, dijo Axayacatl: Xihuitlemoc es por este año rey, de que se mostraron muy sentidos los mexicanos; pero Xihuitlemoc que era muy sagaz y discreto, dijo: señor, vos sois mi rey siempre, y el haber ganado no han sido las rentas reales sino favores de haberme dejado ganar mi rey; y de cualquier manera es vuestra la ciudad de Xuchimilco que yo tengo en tenencia; pero el rey, que estaba escocido con la pérdida, no admitió el buen comedimiento, y le dijo: yo he perdido y como hombre que perdió debo la paga; tomad todo lo que aposté y llevadlo a vuestra casa y haced de la plaza y laguna lo que quisiereis. Esto fue sobre malicia, porque luego lo despidió y se entró en su palacio, y hizo llamar a los que tenían cargo de la república, y les dijo: Xihuitlemoc me tiene ganada la plaza y laguna, y como a señor de ello acudid de aquí adelante a lo que os mandare. No sintieron bien estos señores de esta razón; y pareciéndoles que dejar a su rey por el vasallo no era lícito, le dijeron que no le diese cuidado nada, que ellos acudirían a lo que viesen que más convenía; saliéronse de palacio y diéronse tal maña que se concertaron en la misma ciudad de Xuchimilco con la gente de una parcialidad, y en un convite que hicieron a Xihuitlemoc, echándole un sartal de rosas al cuello le ahogaron, y maltrataron con él a todas las que pudieron de sus gentes; y con esto quedó libre el rey Axayacatl de la deuda que había quedado debiendo al xuchimilcatl Xihuitlemoc. Y este caso está pintado en la cabecera de Tepetenchin, como se refiere y se atribuye esta traición a los de la de Tecpan, y así son, hasta ahora, grandes contrarios los unos de los otros.

En estos mismos tiempos Axayacatl, rey de Mexico, siguiendo la milicia y cebado en las victorias que de todos alcanzaba, fue contra la provincia matlatzinca acompañado de este dicho rey Nezahualpilli; porque la alianza hecha con su padre pasó adelante; y llevó consigo al de Tlacupa y los vencieron; y sacando mucha gente de sus pueblos los hizo venir a poblar al estalage que ahora se llama Xalatlauhco. Fueron contra los de Tzinacantepec y los vencieron. Al sexto año del reinado de este rey tembló la tierra y fue tan recio el temblor que no sólo se cayeron muchas casas, pero los montes y sierras en muchas partes se desmoronaron y deshicieron. Después de este espantoso terremoto venció a los ocuiltecas, y luego a los de Malacatepec y Coatepec. Hizo guerra a los chichimecas o otomíes de la provincia de Xiquipilco, cuyo señor se llamaba Tlilcuetzpalin y enmedio de la batalla quiso señalarse Axayacatl, y Tlilcuetzpalin le acometió con grande ánimo y le dio un golpe en un muslo de que quedó herido; acudieron luego

otros dos otomíes a ayudar a su señor, llamados Itzcuicuani y Tlamaca, y cargando sobre él hiriéronlo cruelmente, y aunque hizo mucho en defenderse eran muy valientes los contrarios y así lo derribaron. Dejáronlo los soldados de quien más confiaba y huyeron; pero los mozos, que vieron a su rey caído, llegaron con mucha ligereza a socorrerle, y fue a coyuntura que ya le tenían rendido y casi para matar. Libráronlo y lleváronlo a curar; y estando herido el rey en la parte dicha (de que quedó cojo para siempre), venció la batalla. Un año después hubo un eclipse de sol. Hizo señor de Xalatlauhco a Mozauhqui, pagándole con esto los buenos servicios que al imperio había hecho en las guerras en que tan valientemente había probado. Cautivó de los xiquipilcas once mil y sesenta y fueron muertos de los mexicanos ciento y seis. Volvió con esta gran victoria, y después que sanó de la herida del muslo hizo junta de muchos señores y principales, así del reino de Tetzcuco como del de Tlacupa y todas las demás provincias comarcanas, y en un gran convite que les hizo fueron muertos Tlilcuetzpalin, señor de Xiquipilco (que fue el que lo hirió) y con él murieron juntamente los otros dos capitanes que le ayudaron; y esto fue a vista de las mujeres de Axayacatl, que quiso el rey que fuese así para mostrar su mayor grandeza; quedóle desde entonces aquella provincia tributaria.

Volvieron a hacer guerra a los matlatzincas, y fue a Toluca y a Tlacotepec que está junto de este pueblo, y prendió, por su persona, dos valerosos soldados con sus mujeres y hijos; aunque en esta guerra murieron muchos mexicanos y aculhuas. A este tiempo mataron a ciertos mercaderes mexicanos y tetzcucanos los de la provincia de Tochpan, y fueron contra ellos y los volvieron a sujetar al imperio. Rebeláronse también, por este tiempo, los de Tototlan y mataron unos mercaderes mexicanos y envió contra ellos y los venció y mató a todos sin dejar a ninguno a vida. Otras muchas empresas hizo de que alcanzó grandes victorias; y siempre siendo él el primero que guiaba su gente y acometía a sus enemigos, por donde ganó nombre de gran capitán y muy valiente soldado; y no se contentó con rendir a los extraños sino que a los suyos rebeldes les puso freno, ¡cosa que sus pasados no habían podido ni osado! Y como la muerte viene a los hombres cuando menos lo aguardan, llegó a este príncipe tan venturoso y fuéralo todo lo imaginable si en las cosas del alma hubiera tenido la dicha que en las de su reino; pero como idólatra que era murió en el servicio del demonio; y así acabó su memoria con el estrépito y ruido que fenecen las cosas caducas y perecederas de la vida.